

Rafael Bernal

Tres momentos

Vicente Francisco Torres

Si bien el escritor mexicano Rafael Bernal ganó la consagración literaria con su novela policiaca El complot mongol, la celebración del centenario de su nacimiento, que se cumplió el 28 de junio pasado, ha sido la oportunidad para difundir y reivindicar sus otras facetas en la escritura, como la que se manifiesta en sus libros de historia y filología.

Durante los 74 años que lleva Rafael Bernal como escritor, su obra ha tenido tres notables cambios de imagen. Desde mediados de los años ochenta, cuando Fernando Valdés lanzó un concurso de novela policiaca que sacó *El complot mongol* de las bodegas de la editorial Joaquín Mortiz, Bernal se convirtió en un escritor de culto, pero finalmente autor de un solo libro.

María Elvira Bermúdez, a partir del mencionado concurso, consiguió que varios de sus alumnos desempaolvásemos otros dos volúmenes policiales de Bernal: *Un muerto en la tumba* y *Tres novelas policíacas*, ambos publicados por Jus en 1966. Quienes estuvimos cerca de ella supimos que Bernal fue el primer autor mexicano en publicar un cuento en la revista *Selecciones Policiacas y de Misterio*. “La muerte poética” apareció en el tomo cinco, correspondiente a enero de 1947, y el año siguiente, en la misma revista, publicó “La muerte madrugadora”.

Antes de continuar debo decir que lo que aquí afirmo es válido para los lectores comunes y no para los investigadores y estudiantes de letras que, por razones profesionales, tienen un mayor campo de estudio.

La reaparición de *El complot mongol* fue llamando la atención sobre sus libros anteriores y así, Jaime Erasto Cortés, en 1990, relanzó *Trópico* en Lecturas Mexicanas. Este volumen de cuentos tuvo que esperar 44 años, ni más ni menos, para conseguir una nueva edición.

En 2002, gracias a los buenos oficios de Alfonso de María y Campos, quien resultó ser familiar del escritor, yo mismo pude convertir en libro un folletón que Bernal publicó en el diario *La Prensa*, entre 1954 y 1955, y que había sido la radionovela *Palmolive* a la que con ironía se refiere Filiberto García en *El complot mongol*. Ciertamente Bernal no le daba mucha importancia a esta novela, quizá porque nunca la tuvo revisada y con forma de libro. Pero este acto de dejar atrás libros que luego son recuperados por sus autores no es algo nuevo. En México tenemos a Sergio Galindo que recupera *La máquina vacía* (1951) y a Juan Vicente Melo quien lo hace con *La noche alucinada* (1956).

Caribal es un libro notable, no sólo porque estaba muy bien escrito, al fin salido de la mano, así sea presurosa, de un escritor, sino porque es una contribución mexicana, como lo fuera en su momento *La tierra pró-*

diga (1973), de Agustín Yáñez, a la novela social, también llamada “de la tierra”, que creció bajo la impronta de grandes obras de Latinoamérica como *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría y *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos.

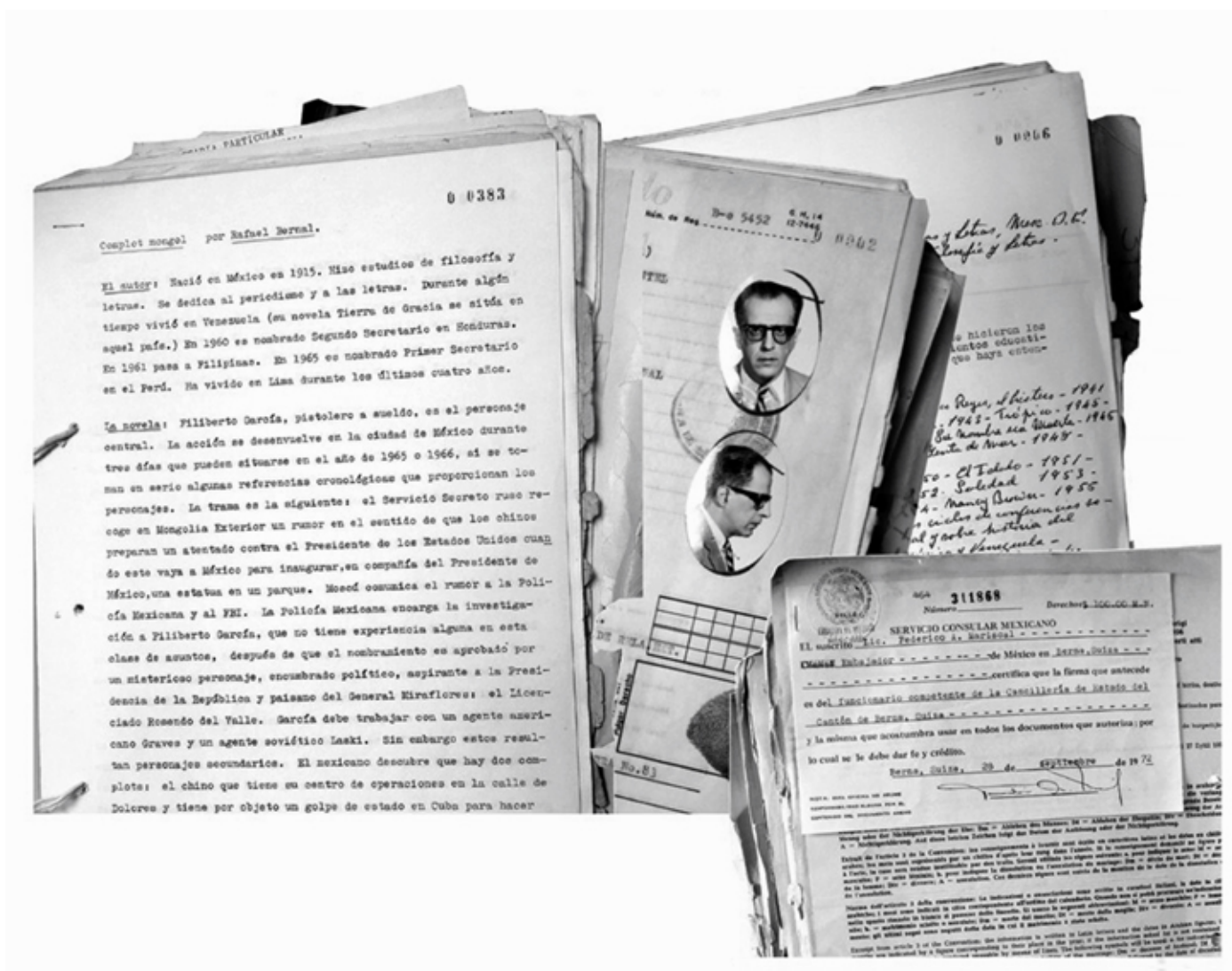
En este lento proceso de recuperación de los libros de Bernal ha participado la editorial Jus, con nuevas ediciones de los libros que ya tenía en su catálogo, más el entusiasmo de escritores como Paco Prieto. El joven Mauricio Bravo, quien acaba de rescatar de las garras de los roedores el texto que José Muñoz Cota escribió cuando murió nuestro autor, buscó en el arcón que tenía doña Idalia Villarreal y pudo publicar, en Joaquín Mortiz, un puñado de cuentos inéditos.

Es así que estamos ya ante una segunda imagen de Bernal, la que comienza a mostrarlo como autor de 17 libros por leerse y analizarse para dar una imagen cabal del escritor.

Pero si pensábamos que su perfil estaba acabado con los 15 libros que Bernal vio en vida, más los dos que recuperamos Mauricio Bravo y quien esto pergeña, estábamos equivocados. Muy equivocados, para ser justos.

En 1992, el Banco de México publicó un libro de gran formato y gigantesca erudición: *El gran océano*, una historia de la transculturación que se vivió sobre las aguas del Océano Pacífico, con los continentes que lo bordean y las miles de islas que lo tachonan. Empieza con los primeros habitantes de la Polinesia, se zambulle en las miles de páginas de historiadores y cronistas y renueva la visita a unos personajes que Bernal reveló con delectación en *Gente de mar*, que había aparecido en 1950 y también el maestro Jaime Erasto Cortés volvió a poner en circulación 50 años después. *El gran océano* es una travesía que abarca 500 años de cultura en Europa, Asia y América, con menor referencia a la vida colonial africana. El corazón del libro está en Filipinas, no sólo porque allí Bernal desempeñó tareas diplomáticas, sino porque, en 1965, debido a una visita que realizó Adolfo López Mateos, nuestro autor ya había preparado un volumen que publicó la UNAM con prólogo de Miguel León-Portilla: *México en Filipinas*.

El interés por este tema, si atendemos el texto que Bernal leyó en este mismo recinto de Bellas Artes, el 28 de junio de 1968 en la serie Los Narradores Ante el Público, lo acompañó durante tres décadas, aproximadamente. Cristalizó en este libro que le había solicitado la



Acervo de Rafael Bernal, Archivo Histórico Genaro Estrada

editorial Aguilar, de Madrid, y la muerte lo sorprendió mientras preparaba la colosal bibliografía que pudo manejar sin notas al pie de la página. Este es un libro de historia, alado y ameno porque salió de la pluma de un artista. Recuerdo que, en una entrevista que pude hacer con doña Idalia Villarreal, esposa del novelista, cuando yo miraba la biblioteca del escritor en su departamento, le dije que no había allí las toneladas de libros que suelen acompañar a los hombres de letras. Doña Idalia me dijo que, como tenían que cambiar constantemente de país de residencia, Bernal sólo llevaba los libros de historia y abandonaba los demás que eran, en su mayoría, novelas policiacas. En la novela *Tierra de gracia*, cuando un personaje contempla un montón de libros que se encuentran sobre una mesa, al enjuiciarlos, dice que eran libros baratos, novelas policiacas. Ver para creer: la fama le llegó a Rafael Bernal justamente por una novela policiaca.

Ahora que he recordado el texto que Bernal leyó en esta misma sala, quiero apuntar que no era consciente de que, así como había inaugurado la novela negra en México con *El complot mongol*, también era el precursor, con *Su nombre era muerte* (1947), de la novela de ciencia ficción. Con la sencillez y modestia que se expresó aquella noche, la llamó *imaginación extraterrena* y dejó dicho su credo de escritor, que era la búsqueda del hombre, con sus luces y sombras.

El más reciente de sus libros póstumos, a mi juicio, es un desprendimiento natural de *El gran océano*. Se llama *Mestizaje y criollismo en la literatura de la Nueva España del siglo XVI*, recientemente salido de las prensas del Fondo de Cultura Económica, que por cierto ya hizo una edición accesible de *El gran océano*. Es un análisis de la cultura española, europea y americana en los años anteriores y posteriores del descubrimiento de América. Gira nuevamente sobre los procesos de transculturación que se dieron entre americanos y españoles. Bernal no enjuicia la conquista; la contempla como un hecho consumado y se da a la tarea de mostrar los cambios que sufrieron la lengua y la literatura tanto en castellano como en náhuatl. Imposible glosar tanta información como ofrece este libro pero es notable la manera en que Bernal nos dice cómo fueron bautizados, después de un proceso, los lugares y las villas; cómo se hace la adaptación fonética de las expresiones americanas; cómo y sobre qué reflexionaban los poetas nahuas; cómo entendían la guerra los aztecas y los españoles.

Con el descubrimiento, la flora, la fauna y la geografía universales sufrieron un vuelco y se vio la necesidad de fundar la etnología. En virtud de que no había palabras para designar las cosas nuevas, cobran auge el dibujo y las descripciones minuciosas de ciudades y templos que se hacen comparando con lo europeo, alu-

diendo a las fantasiosas novelas de caballería y muy a menudo a lo diabólico. Las feraces selvas americanas ni siquiera fueron descritas; se las aludía por los trabajos y sinsabores en ellas padecidos. Un detalle curioso: así como José Revueltas se hace personaje en una de sus novelas (*Los días terrenales*, 1949), en *Mestizaje y criollismo*, cuando Bernal habla de la truculencia moral de los personajes literarios americanos, ejemplifica con uno salido de su pluma: Filiberto García, de *El complot mongol*.

En *Mestizaje y criollismo* encontramos acentuada una faceta de Bernal, la de filólogo y lingüista, que ya conocíamos por *México en Filipinas*, misma que se da la mano con el refranero que nos regala *El complot mongol* porque, hay que decirlo, parte importante del encanto de esa novela deriva de la cantidad de dichos que bullen en la memoria de Filiberto García. *Mestizaje y criollismo*, publicado en 1994, también por el Banco de México, sirvió para que Rafael Bernal obtuviera su doctorado en letras por la Universidad de Friburgo, Suiza, en 1972, un poco antes de su muerte. Esta es la razón por la que estamos ante un libro atildado, con bibliografía y notas al pie de la página, porque fue un trabajo académico que debió presentarse con todas las de la ley. Bien mirado, Bernal compone este libro minuciosamente, mientras había dejado en el cajón del escritorio el manuscrito de *El gran océano*, que en su última línea quedó con puntos suspensivos, a la espera de las conclusiones y la bibliografía.

Cuando los historiadores y lingüistas puedan justipreciar estos dos últimos libros, que colocan a Bernal junto a otro eminente historiador de la cultura como lo es Germán Arciniegas, podremos tener la imagen más acabada del escritor Rafael Bernal, la tercera, la del autor de 19 libros diversos.

La revelación de la obra de Rafael Bernal ha sido una aventura como las que leyó en Emilio Salgari. Ella nos enseñó cómo sus libros nacieron al calor de sus diferentes empleos, de sus experiencias vitales, de sus preocupaciones, de sus ideas y hasta de sus tempranos recuerdos del mango manila, del papel de china, de la china poblana y de los fuegos pirotécnicos.

En estos días del centenario que celebramos, me han preguntado cuál creo que sea su mejor libro, o su obra maestra. He respondido que en qué rubro, si en la novela policiaca, la novela sin adjetivos o en la historia. Como académico me encanta *Trópico*, como aficionado a la historia me hipnotiza *El gran océano*, y como lector de infantería, que eso soy a fin de cuentas, me subyuga *El complot mongol*, que siempre estará en el corazón de los lectores. **U**

Texto leído en el Homenaje a Rafael Bernal a cien años de su nacimiento, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México, el 30 de junio de 2015.